

Corazón de las tinieblas

JOSEPH CONRAD

Traducción, introducción y notas de Jorge Fondebrider





Joseph Conrad

CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

Ninguna elocuencia hubiera podido marchitar la propia fe en la humanidad como lo hizo su explosión final de sinceridad. También luchó contra sí mismo. Lo vi... Lo oí. Vi el inconcebible misterio de un alma que no supo de control, ni de fe, ni de miedo, luchando sin embargo ciegamente contra sí misma.

Comparando lo que sabemos del viaje que, cuando era marino, efectivamente Conrad hizo al Congo, el de su personaje Marlow es acaso más complejo e interesante porque suma, a las dificultades prácticas, toda una serie de reflexiones y dilemas morales de los cuales nos enteramos a través de la voz de dos narradores: el primero, uno de los innominados oyentes del relato de Marlow y, otro, el propio Marlow, protagonista de su historia y a la vez testigo de la del misterioso agente Kurtz. Se observará entonces que hay allí tres planos superpuestos que permiten considerar la

complejidad de un texto de apariencia sencilla, tan lleno de meandros y remolinos como el curso del río Congo que penetra “cada vez más adentro del corazón de las tinieblas”, en las que se encuentra el alguna vez civilizado Kurtz, cuyo corazón es, asimismo, “de una impenetrable oscuridad”.

Jorge Fondebrider

Corazón de las tinieblas

JOSEPH CONRAD

Traducción, introducción y notas de Jorge Fondebrider



ETERNA CADENCIA EDITORA

Índice

Cubierta

Sobre este libro

Portada

Introducción

Agradecimientos

Corazón de las tinieblas

I

II

III

Apéndices

I. El Estado Libre del Congo bajo Leopoldo II

II. Fuentes autobiográficas

III. Heart of Darkness en castellano

Bibliografía

Sobre el autor

Página de legales

Créditos

INTRODUCCIÓN

En la época en que Joseph Conrad viajó al Estado Libre del Congo, para prácticamente cualquier europeo, África era un territorio que las naciones civilizadas debían apropiarse y explotar, como en menor medida –y desde tiempos inmemoriales– ya lo hacían los árabes, siempre dispuestos al comercio de esclavos, con o sin la anuencia y la complicidad de Europa y, a su debido tiempo, de los Estados Unidos.

Recordemos, antes de seguir, que todos los pueblos son etnocéntricos y, en consecuencia, la idea de que hay grupos mejores que otros difícilmente pueda sintetizarse en unas pocas páginas. Ateniéndonos apenas a los siglos XVIII y XIX, deberíamos empezar “reconociendo el ambiente cultural de una sociedad cuyos dirigentes e intelectuales no abrigaron dudas acerca de la pertinencia de la jerarquización racial, una jerarquización que asignaba a los indios un puesto inferior al de los blancos, y a los negros, uno inferior al de todos los otros. Dentro de ese horizonte general, la

desigualdad estaba fuera de discusión. Un grupo - podríamos llamarlo 'duro'- sostenía que los negros eran inferiores y que su condición biológica justifica la esclavitud y la colonización. Otro grupo -'blando', por decirlo así- estaba de acuerdo en que los negros eran inferiores, pero sostenía que el derecho a la libertad no dependía del nivel de inteligencia de las personas".¹

Para ejemplificar estas cuestiones, Stephen Jay Gould suma toda una serie de puntos de vista correspondientes a distintos próceres estadounidenses y, luego de examinar las diversas discusiones de la época -si la falta de inteligencia era biológica, si los negros podían o no alcanzar el grado de inteligencia de los blancos, si eso dependía o no de la educación-, concluye que "la totalidad de los héroes culturales norteamericanos adoptaron unas actitudes racistas que pondrían en más de un aprieto a los fabricantes de mitos escolares".² Acto seguido, se dedica a examinar el pensamiento científico europeo para concluir que "la totalidad de los científicos más importantes se atuvieron a las formas sociales establecidas. En la primera definición formal de las razas humanas dentro del marco de la taxonomía moderna, Linneo mezcló los rasgos del carácter con los anatómicos".³ Así, en su *Systema naturae* (1758), caracterizó al *Homo afer* -africano negro- como "flemático, relajado, de cabello negro rizado, de piel suave, nariz plana, labios inflamados; mujeres sin vergüenza; glándulas mamarias de leche abundante; astuto, descuidado; se unta grasa; y regulado por la voluntad".

Gould se ocupa luego de los tres naturalistas más importantes del siglo XIX, “que no tuvieron en gran estima a los negros. Georges Cuvier, celebrado ampliamente en Francia como el Aristóteles de su época, y uno de los fundadores de la geología, la paleontología y la anatomía comparativa moderna, afirmó que los nativos de África constituían ‘la más degradada de las razas humanas, cuya forma se asemeja a la de los animales y cuya inteligencia nunca es lo suficientemente grande como para llegar a establecer un gobierno regular’. Charles Lyell, considerado como el padre de la geología moderna, escribió: ‘El cerebro del bosquimano [...] remite al del Simiada [mono]. Esto entraña una relación entre la falta de inteligencia y la asimilación estructural. Cada raza de hombre tiene un puesto propio, como sucede entre los animales inferiores. [...]’ Charles Darwin, amable liberal y abolicionista apasionado, se refirió a una época futura en la que la brecha entre el ser humano y el mono se ensancharía debido a la previsible extinción de especies intermedias como el chimpancé y el hotentote”.⁴

La lista, que incluye entre otros a Hegel,⁵ Schopenhauer, el médico Franz Ignaz Pruner, Karl Vogt, el anatomista Paul Pierre Broca –fundador de la craneometría– y muchos otros nombres de parecida importancia, se completa con personajes siniestros, como el inglés Herbert Spencer, quien aplicando las teorías darwinianas a la sociología habló de la “supervivencia del más apto”, justificando así el dominio de ciertos grupos humanos sobre otros.

Todos esos “saberes” le dieron letra al llamado “racismo científico”, una pseudociencia que se forjó a partir de la antropología física, la antropometría y la craneometría para establecer tipologías antropológicas que permitieran la clasificación de poblaciones humanas en “razas” físicamente diferentes, calificadas ya sea como superiores o como inferiores. En otras palabras, el marco ideal para justificar el imperialismo europeo.

Lo que sigue es fácil de adivinar: esa explotación de los recursos naturales como de las personas llegaba disfrazada de las famosas tres C del misionero David Livingstone: Cristianismo, Comercio y Civilización. En aras de esos ideales, África fue parcelada en territorios ocupados por británicos, franceses, alemanes, italianos y portugueses. Bélgica llegó tarde y a su rey, Leopoldo II, sólo le quedó el Estado Libre del Congo.

LEOPOLDO II DE BÉLGICA

Muchos años antes de la publicación de *El sueño del celta*, la novela que escribió sobre el irlandés Roger Casement,⁶ Mario Vargas Llosa, acaso por la documentación que consultaba para ese libro futuro, publicó en la revista mexicana *Letras Libres* un artículo sobre Leopoldo II, Joseph Conrad y *Heart of Darkness*.

Las informaciones referidas al monarca belga aparentemente provienen de *King Leopold's Ghost: A Story*

of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa, un libro escrito por el historiador estadounidense Adam Hochschild.

Vargas Llosa nos informa que en un viaje en avión, “Hochschild encontró una cita de Mark Twain en la que el autor de *Las aventuras de Huckleberry Finn* aseguraba que el régimen impuesto por Leopoldo II, el rey de los belgas que murió en 1909, al Estado Libre del Congo (1885 a 1906) fraguado por él había exterminado entre cinco y ocho millones de nativos. Picado de curiosidad y cierto espanto, inició una investigación que, muchos años después, culminaría en *King Leopold’s Ghost*, notable documento sobre la crueldad y la codicia que impulsaron la aventura colonial europea en África y cuyos datos y comprobaciones enriquecen extraordinariamente la lectura de la obra maestra de Joseph Conrad, *Heart of Darkness*, que ocurre en aquellos parajes y, justamente, en la época en que la Compañía belga de Leopoldo II, quien debería figurar, junto a Hitler y Stalin, como uno de los criminales políticos más sanguinarios del siglo xx, perpetraba sus peores vesanias”.⁷

Vargas Llosa continúa: “Leopoldo II fue una indecencia humana, pero culta, inteligente y creativa. Planeó su operación congoleña como una gran empresa económico-política, destinada a hacer de él un monarca que, al mismo tiempo, sería un poderosísimo hombre de negocios, dotado de una fortuna y una estructura industrial y comercial tan vastas que le permitirían influir en la vida política y el desarrollo del resto del mundo. Su colonia centroafricana, el Congo, una extensión tan grande como media Europa

occidental, fue su propiedad particular hasta 1906, en que la presión de varios gobiernos y de una opinión pública alertada sobre sus monstruosos crímenes lo obligó a cederla al Estado belga. Fue también un astuto estratega de las relaciones públicas. Invirtió importantes sumas sobornando periodistas, políticos, funcionarios, militares, cabilderos, religiosos de tres continentes, para edificar una gigantesca cortina de humo encaminada a hacer creer al mundo que su aventura congoleña tenía una finalidad humanitaria y cristiana: salvar a los congoleños de los traficantes árabes de esclavos que saqueaban sus aldeas. Bajo su patrocinio, se organizaron conferencias y congresos, a los que acudían intelectuales mercenarios sin escrúpulos, ingenuos y tontos y muchos curas, para discutir sobre los métodos más funcionales de llevar la civilización y el Evangelio a los caníbales del África. Durante buen número de años, esta propaganda goebbelsiana tuvo efecto. Leopoldo II fue condecorado, bañado en incienso religioso y periodístico, y considerado un redentor de los negros”.⁸

Vargas Llosa señala de inmediato lo que había detrás de esa impostura: “Millones de congoleños fueron sometidos a una explotación inicua a fin de que cumplieran con las cuotas que la Compañía fijaba a las aldeas, las familias y los individuos en la extracción del caucho y las entregas de marfil y resina de copal. La Compañía tenía una organización militar y carecía de miramientos con sus trabajadores, a quienes, en comparación con el régimen al

que ahora estaban sometidos, los antiguos negreros árabes debieron parecerles angelicales. Se trabajaba sin horarios ni compensaciones, en razón del puro terror a la mutilación y el asesinato, que eran moneda corriente. Los castigos, psicológicos y físicos, alcanzaron un refinamiento sádico; a quien no cumplía con las cuotas se le cortaba la mano o el pie. Las aldeas morosas eran aniquiladas y quemadas, en expediciones punitivas que mantenían sobrecogidas a las poblaciones, con lo cual se frenaban las fugas y los intentos de insumisión. Para que el sometimiento de las familias fuera completo, la Compañía (era una sola, disimulada tras una maraña de empresas) mantenía secuestrada a la madre o a alguno de los niños. Como apenas tenía gastos de mantenimiento y no pagaba salarios, su único desembolso fuerte consistía en armar a los bandidos uniformados que mantenían el orden [...] Adam Hochschild calcula, de manera persuasiva, que la población congoleña fue reducida a la mitad en los veintiún años que duraron los desafueros de Leopoldo II. Cuando el Estado Libre del Congo pasó al Estado belga, en 1906, aunque siguieron perpetrándose muchos crímenes y continuó la explotación sin misericordia de los nativos, la situación de éstos se alivió de modo considerable. No es imposible que, de continuar aquel sistema, hubieran llegado a extinguirse”.⁹

EL LARGO CAMINO HASTA EL CONGO

Józef Teodor Konrad Korzeniowski, hijo de Apollo Korzeniowski y Ewa Bobrowska Korzeniowska, nació el 3 de diciembre de 1857 en Berdýchiv, una ciudad del norte de Ucrania, que entonces era territorio polaco. Las actividades políticas del padre les valieron la peligrosa atención de los rusos y el consiguiente confinamiento en tierras del zar. En 1869, un año después de la muerte de Ewa, los Korzeniowski lograron abandonar Rusia y establecerse primero en Leópolis y luego en Cracovia. Con la muerte de Apollo, el joven Teodor quedó en manos de su tío Tadeusz Bobrowski, quien lo llevó con él en sus viajes por Suiza e Italia.

En 1874, Józef partió rumbo a Marsella, donde trabajó para Delestang et Fils, banqueros y armadores. En diciembre de ese año, viajó en el *Mont-Blanc* hacia Martinica e inició su aprendizaje como marino mercante. Luego, ante la imposibilidad de llegar a ser oficial de la marina francesa por ser extranjero -y considerando la eventualidad de ser reclutado a la fuerza por el ejército zarista como súbdito ruso de una Polonia ocupada-, viajó a Inglaterra, donde se alistó como marinero raso en diversas naves que lo llevaron, en varias oportunidades, a Australia. Dos años después, luego de aprobar el examen para ser segundo oficial de la marina mercante, realizó travesías a Indonesia, Sudáfrica, la India, Malasia, Singapur, etc.

En 1884 aprobó el examen para capitán, y en 1886, se naturalizó ciudadano británico. Así, cambiando su nombre y apellido, pasó a ser conocido como Joseph Conrad. Al cabo

de un par de años de servicio -divididos entre el *Highland Forest* y el *Otago*-, renunció y regresó a Londres, donde comenzó a escribir en inglés *Almayer's Folly*, su primera novela.¹⁰ Sin embargo, en noviembre de 1889, Conrad viajó a Bruselas para una entrevista con el capitán Albert Thys, director de la Société Anonyme Belge, quien, aparentemente, le habría prometido ser capitán del *Florida*, un vapor a paletas, en el Estado Libre del Congo.

Pasó el tiempo y no se volvió a hablar del asunto hasta que, en 1890, Conrad visitó en Bruselas a Marguerite Poradowska, la viuda de Alexander Poradowski, un primo de su abuela. La "tía Marguerite", consciente de la necesidad de su sobrino político de obtener el puesto, movió sus influencias -entre otras, la de Alphonse-Jules Wauters, secretario general de las Compagnies Belges du Congo-, por lo que Conrad fue nuevamente entrevistado. En abril lo confirmaron para el trabajo. Así, llegada la fecha, tomó el tren a Burdeos y, el 6 de mayo de ese año, se embarcó rumbo a Tenerife. El viaje prosiguió hacia Dakar -en Senegal-, Conakry -en Guinea-, Grand Bassam -en Costa de Marfil-, Grand Popo -en Benin-, Freetown -en Sierra Leona-, y luego hacia Libreville -en Gabón-, para continuar hasta Banana -ya en el Congo-, antes de comenzar a remontar Banana Creek, el 10 de junio en dirección a Boma, puerto marítimo del entonces Estado Libre del Congo, al que llegó el 12 de junio. Un día más tarde, arribó a Matadi y, desde allí, subió por el río Congo, dando comienzo a sus aventuras del período.

HEART OF DARKNESS

En el Estado Libre del Congo, Conrad pudo comprobar personalmente que tanto el cacareado cristianismo como la tan promocionada civilización eran apenas una excusa para encubrir la verdadera razón de las potencias europeas en general y del rey Leopoldo II en particular: el comercio, a su vez, mero pretexto para disimular la codicia y la crueldad de los “civilizados” y sus esbirros. De ahí que la pretendida negrura del continente se volviera aún más tenebrosa por la oscuridad de los designios imperiales. Contra ese telón de fondo se desarrolló la aventura africana de Conrad.

Ahora bien, si nos atuviéramos apenas al “Congo Diary” y a otros documentos afines, tendríamos nada más que la crónica de los trabajos que le supuso a Conrad llegar al Estado Libre del Congo, internarse en la selva a través de un río mal conocido y buscar a un agente enfermo para relevarlo de sus responsabilidades, síntesis que, claro, tuvo sus bemoles porque también a Conrad le costó la salud y el trabajo. Está claro que Conrad vio mucho más y, probablemente por eso, rompió el contrato con la Société Anonyme Belge y regresó a Europa el 4 de diciembre de 1890.¹¹

En 1891, Conrad atendió su deteriorada salud en Londres y Ginebra. Recuperado, viajó a Australia como primer oficial del *Torrens*. Pero, más adelante, hacia 1894, siendo

el segundo oficial del vapor *Adowa*, la compañía para la que trabajaba quebró y Conrad dio por finalizada su carrera en el mar. Ese mismo año, de vuelta en Londres, conoció a Edward Garnett, lector editorial, quien lo recomendó a William Blackwood. Así, en 1895, publicó *Almayer's Folly* y en 1897, *Nigger of the "Narcissus"* (*El negro del "Narciso"*). A partir de entonces comenzó su verdadera vida literaria y su relación con John Galsworthy, Henry James, Robert Cunninghame Graham, H. G. Wells, Stephen Crane, Ford Madox Ford -con quien, en años sucesivos, iba a escribir tres novelas a cuatro manos- y Jack London, entre otros reputados contemporáneos.

Según la historia por todos conocida, empezó a escribir *The Heart of Darkness* (*El corazón de las tinieblas*) en diciembre de 1898. El borrador quedó listo en febrero de 1899 y se publicó por entregas en la *Blackwood's Edinburgh Magazine*. La primera entrega fue en ese mismo febrero, la segunda tuvo lugar en marzo, y la tercera y última, en abril de ese año. Posteriormente, para su publicación en libro, Conrad revisó tanto el título¹² como el texto, por lo que *Heart of Darkness* (*Corazón de las tinieblas*) pasó a integrar el volumen *Youth: A Narrative, and Two Other Stories*,¹³ que la editorial Blackwood's publicó en 1902. Un año más tarde hubo una edición estadounidense. Quince años después, una segunda edición británica publicada por J. M. Dent, a la que Conrad sumó una "Author's Note" ("Nota del autor"), que luego iba a mantenerse en futuras ediciones de otras editoriales.

MARLOW ENTRA EN ESCENA

En esa nota, Conrad habla por primera vez del capitán Charles Marlow, personaje que, además de estar presente en *Youth* y en *Heart of Darkness*, también va a aparecer en *Lord Jim* y en *Chance*.¹⁴ Así, refiriéndose al primer relato del libro, Conrad comenta: “Ese relato marca la primera aparición en el mundo de Marlow, con quien mis relaciones, en el transcurso de los años, se han vuelto muy íntimas. Los orígenes de ese caballero (hasta donde yo sé, nadie ha insinuado que no lo fuera) han sido objeto de algunas especulaciones literarias de, me alegra decirlo, naturaleza amigable”. Y aquí viene lo que podría considerarse como el meollo de la cuestión: “Uno pensaría que soy la persona adecuada para arrojar luz sobre el asunto; pero en verdad encuentro que no es tan fácil. Es agradable recordar que nadie lo acusó de propósitos fraudulentos o lo menospreció por charlatán; pero aparte de eso, se supuso que él fue todo tipo de cosas: una pantalla inteligente, un simple dispositivo, un ‘alguien que hacía de’, un espíritu familiar, un ‘fantasma’ que susurraba”. Dicho de otro modo, Conrad había descubierto las posibilidades de un *alter ego* literario, probablemente más locuaz que él mismo y capaz de decir lo que él no se permitía decir abiertamente.

Respecto de los orígenes de Marlow, Conrad señala: “No hice planes. Marlow y yo nos conocimos de manera casual y establecimos una de esas relaciones que se hacen en un

balneario y que a veces maduran en amistades. Ésta ha madurado. A pesar de su asertividad en materia de opinión, no es un intruso. Él se aparece en mis horas de soledad cuando, en silencio, unimos nuestras cabezas en gran consuelo y armonía; pero cuando nos separamos al final de un cuento, nunca estoy seguro de que no sea por última vez”. Inmediatamente después, Conrad señala que *Heart of Darkness* y otra historia no incluida en el volumen en cuestión¹⁵ son “el botín que traje del centro de África, donde, en realidad, yo no tenía negocio alguno”.

Comparando lo que sabemos del viaje de Conrad, el de Marlow es acaso más complejo e interesante porque suma, a las dificultades prácticas, toda una serie de reflexiones y dilemas morales de los cuales nos enteramos a través de la voz de dos narradores: uno de los innominados oyentes del relato de Marlow y, además, el propio Marlow, protagonista de su historia y a la vez testigo de la del misterioso agente Kurtz. Se observará entonces que hay allí tres planos superpuestos que permiten considerar la complejidad de un texto de apariencia sencilla, tan lleno de meandros y remolinos como el curso del río Congo que penetra “cada vez más adentro del corazón de las tinieblas”, en las que se encuentra el alguna vez civilizado Kurtz, cuyo corazón es, asimismo, “de una impenetrable oscuridad”.

LA VOZ DE MARLOW

De Gustave Flaubert a James Joyce -pasando por Henry James, Gertrude Stein y Virginia Woolf, entre otros-, la técnica de la novela cambió por completo. En esa transformación el punto de vista ocupa un lugar más que destacado y, por su extraordinario manejo de éste, Joseph Conrad tiene un papel del todo singular en el desarrollo de la novela contemporánea. Tal vez uno de los ejemplos más importantes sea la forma en que Marlow interviene a lo largo de sus varias apariciones y, fundamentalmente, en *Heart of Darkness*.

Cedric Watts enumera las razones por las que Conrad se sirve de Marlow. Gracias a éste “Conrad pudo disfrutar de una libertad excepcional para sus comentarios, dado que las ideas cínicas o escépticas podían así serles adscriptas (aunque más no fuere nominalmente) al personaje que narra antes que al autor; de modo que Marlow le sirvió, en parte, como una máscara a través de la cual Conrad pudo hablar de manera más fluida y diversa”.¹⁶

Por su parte, Robert Hampson, en la introducción a su edición de *Heart of Darkness*, escribe: “Tal vez el modo más importante a través del cual Conrad toma distancia de su material es sirviéndose de Marlow. *Heart of Darkness* no sólo tiene dos narradores (Marlow y el primer narrador anónimo que lo presenta), sino que cuenta con la interacción entre Marlow y su público, lo que significa que las afirmaciones de Marlow poseen un contexto, mientras que las declaraciones del narrador anónimo son mucho más el producto de un punto de vista tan específico como el de

Marlow. Hay claramente un desplazamiento entre Conrad y el narrador anónimo, de modo que Marlow está doblemente desplazado de Conrad”.¹⁷ Hampson denomina a este método “narración oblicua” y señala que ya está presente en *Youth*. Pero en el caso de *Heart of Darkness* el recurso es más complejo.

Anticipándose a ambos eruditos, en el prólogo a su traducción de la obra -acaso mucho más ajustada y mejor que otras más reputadas por haber sido hechas por conocidos escritores-, Araceli García Ríos sintetiza perfectamente las razones de Conrad para servirse de su personaje: “El Marlow narrador no da la sensación de ser un personaje de carne y hueso, sino que parece más bien simbolizar una actitud moral: la del propio Conrad. Como medio de presentar los acontecimientos, Marlow es útil por el realismo que les puede dar desde su perspectiva de protagonista, y simultáneamente, como comentador, los juicios que emite son los que confieren a la historia su significado. Conrad está haciendo revivir acontecimientos de su propia vida, y a través de Marlow puede conseguir el doble efecto de presentarlos con autenticidad e inmediatez y al mismo tiempo agrandarlos y clarificarlos desde la distancia que lo separa de ellos”.¹⁸

RECEPCIÓN Y OTRAS CONSIDERACIONES

En el caso de *Heart of Darkness*, como en el de otras grandes obras de la literatura, su lectura sostenida a través

del tiempo ha permitido consideraciones de todo tipo. Algunas, como la de los primeros críticos de Conrad -vale decir, aquellos que escribieron apenas salida la obra, en pleno período eduardiano-, consistieron en discretos elogios. Bastaron para que Conrad, un emigrante polaco que tenía el inglés como tercera lengua,¹⁹ entrara en la literatura inglesa con pie firme y rápidamente se ganara un gran prestigio entre sus pares.

Luego, el tiempo hizo su trabajo y *Heart of Darkness* se convirtió en un clásico. Así lo leyeron autores tan diversos como Virginia Woolf, T.S. Eliot, William Faulkner, Francis Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, André Gide, Graham Greene, Ralph Ellison, V.S. Naipaul, William S. Burroughs, Philip Roth, Saul Bellow, Joan Didion, Italo Calvino y Mario Vargas Llosa, quienes, cada cual a su manera, reconocieron algún tipo de influencia. Y así también lo entendió Jorge Luis Borges, quien prologó una edición argentina del libro con estas palabras: “Obra del divino poder, de la suma sabiduría y, curiosamente, del primer amor, el Infierno de Dante, el más famoso de la literatura, es un establecimiento penal en forma de pirámide inversa, poblado por fantasmas de Italia y por inolvidables endecasílabos. Harto más terrible es el de *Heart of Darkness*, el río de África que remonta el capitán Marlow, entre orillas de ruinas y de selvas, y que bien puede ser una proyección del abominable Kurtz, que es la meta. En 1890, Józef Teodor Konrad Korzeniowski remontó el Congo hasta Stanley Falls; en 1902, Joseph Conrad, hoy célebre, publicó

en Londres *Heart of Darkness*, acaso el más intenso de los relatos que la imaginación humana ha labrado”.²⁰

No obstante, no todos fueron elogios. E. M. Forster, por ejemplo, en *Aspects of the Novel* (1927) dice: “La voz de Marlow está demasiado llena de experiencias como para cantar, se ve opacada por muchas reminiscencias de error y de belleza, su dueño ha visto demasiado como para ver más allá de la causa y el efecto. Tener una filosofía, incluso una poética –e incluso una filosofía emocional– como la de Hardy y Conrad, lleva a reflexiones sobre la vida y las cosas. Un profeta no reflexiona”. Por su parte, Vladimir Nabokov lo liquidó diciendo que era “un escritor para jóvenes”. Muchos años después, Harold Bloom –quien decididamente no parece haber sido un admirador de Conrad– justificó la multiplicidad de lecturas que hasta el día de hoy Conrad padece, apoyándose en lo que él juzgó críticamente como “propensión única a la ambigüedad”, añadiendo luego que “*Heart of Darkness* adquirió parte del poder del mito, aun cuando el libro está limitado por su oscurantismo involuntario”.

Entre esas muchas lecturas críticas aludidas por Bloom, acaso las más frecuentes –como en el caso de todos los libros que sobreviven a la época en que fueron escritos– han sido las de naturaleza política y sociológica. Destacan fundamentalmente dos: la del novelista nigeriano Chinua Achebe (1930-2013), quien acusó a Conrad de “maldito racista” por negarles humanidad a los africanos, y la del crítico palestino Edward Said (1935-2003), quien asimiló a

Conrad al imperialismo que supuestamente atacaba. Ha habido además quien vio en *Heart of Darkness* un alegato contra la colonización belga, pero no contra el imperialismo, quien ha realizado lecturas de género escrutando el tratamiento que en la novela se les da a las mujeres, quien ha intentado psicoanalizar a los personajes, quien ha leído la ficción desde la ecología, etc.

Con sentido común, Antonio Muñoz Molina consideró todos estos puntos de vista y escribió: “Conrad es nuestro contemporáneo a pesar de los anatemas ideológicos que han caído sobre él en esta época de simplificaciones virtuosas en la que la lectura de las novelas del pasado se ejerce muchas veces, sobre todo en las universidades, con un propósito exclusivo de delación política, con un éxtasis retrospectivo de agravios. Joseph Conrad era un varón blanco que se ganó la vida en la marina mercante a lo largo de las rutas comerciales y militares del colonialismo europeo. Su lucidez intelectual, su disposición compasiva, la amplitud de su experiencia, le hicieron comprender la sinrazón y el horror de la explotación colonial, ejercida con todo descaro en nombre del progreso y de la misión civilizadora de Europa. Aun así, desde luego, era un hombre de su tiempo, igual que nosotros lo somos del nuestro”.²¹ Dicho de otro modo, el juicio retrospectivo es fácil, pero eso no lo hace ni justo ni necesariamente válido. Conrad, como cualquier gran escritor, deberá soportarlo y seguramente sobrevivirá.

ESTA TRADUCCIÓN

Para la realización de la presente traducción se ha considerado como texto de origen el incluido en dos ediciones críticas de *Heart of Darkness*, de las cinco que ya lleva publicadas W. W. Norton & Company: la tercera, a cargo de Robert Kimbrough, de 1988, y la quinta, a cargo de Paul B. Armstrong en 2017. Asimismo, se han consultado las ediciones de Oxford World's Classics, de Cedric Watts -publicada con *An Outpost of Progress, Karain: A Memory y Youth: A Narrative*-, de 1990, y la de Penguin Twentieth Century Classics, de Robert Hampson -publicada con "The Congo Diary"-, de 1995.

ESTA EDICIÓN

Como se trata aquí de una edición anotada, corresponde señalar que la mayoría de las notas provienen de las cuatro ediciones mencionadas, indicándose en cada caso la autoría de esos textos. A esas notas se suman otras, encontradas en *The Collected Letters of Joseph Conrad, Volume 1 (1861-1897), Volume 2 (1898-1902) y Volume 3 (1903-1907)* con edición de Frederick R. Karl y Laurence Davies, en *Conrad's Western World*, de Norman Sherry, en *Joseph Conrad's Heart of Darkness: A Routledge Study Guide* de D.C.R.A. Goonetilleke, y en otros libros, señalados en la bibliografía. Con todo, en algunos casos -como el de la

biografía de Roger Casement, para dar un único ejemplo-, se originaron en la propia investigación del traductor.

Por supuesto, el lector podrá optar por leer o no esos materiales que, en opinión de quien esto escribe, enriquecen la lectura. Sin embargo, consciente de que siempre hay lectores a quienes las notas les molestan, se indica que, con el módico trámite de saltarlas, basta. Convengamos que hacerlo es una operación sencilla que no requiere más que seguir leyendo sin desviar la mirada hacia el pie de página.

JORGE FONDEBRIDER

Buenos Aires, marzo de 2020

¹ Stephen Jay Gould, *The Mismeasure of Man*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1988 [hay traducción castellana: *La falsa medida del hombre*, sin mención del traductor, Buenos Aires, Orbis-Hyspamérica, 1988].

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

⁵ En uno de los párrafos que Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) le dedica a África en su *Lecciones sobre Filosofía de la Historia*, obra póstuma publicada en 1837, se lee esto: “La singularidad del carácter africano es difícil de comprender, por la misma razón que, en referencia a éste, debemos abandonar el principio que naturalmente acompaña a todas nuestras ideas: la categoría de Universalidad. En la vida de los negros, el punto característico es el hecho de que la conciencia aún no ha alcanzado la realización de ninguna existencia objetiva sustancial –como por ejemplo, Dios o la Ley–, en la que esté involucrado el interés de la voluntad del hombre y en el que se dé cuenta de su propio ser. En esta distinción entre él como individuo y la universalidad de su